

aumentaron las sospechas de los que creían que había ido a Madrid con el objeto indicado, y comenzaron luego los de los inmediatos caseríos a insultarle y amenazarle. Protegió el que mandaba la escolta hasta la ciudad, y a ruegos suyos le condujo al palacio de Cervellon, donde le siguió la plebe enfurecida, que acudía en tropel con la noticia de su llegada. Sabedores el P. Rico y Moreno del peligro que corría, volaron a salvarle, rompiendo con trabajo por entre las olas de la muchedumbre para penetrar en la casa. Encontraron al desventurado barón tan atribulado como quien oía la gritería del pueblo pidiendo desafortunadamente su cabeza. En vano el padre Rico arengó a aquellas gentes esforzándose por convencerlas de la inocencia del de Albalat. Viendo que la tormenta popular en vez de calmarse arreciaba, creyeron salvar mejor al objeto de sus iras trasladándole a la ciudadela, escoltado por tropa mandada por Moreno, y escudado por este y por el buen religioso. Error funesto, nacido de la mejor intención. Tan pronto como se separaron de los umbrales del palacio de Cervellon, los puñales de los asesinos se levantaron sobre las cabezas de todos: al fin lograron los tumultuosos romper las filas que custodiaban al infortunado Saavedra, y acabaronle con bárbaro furor a puñaladas, atravesando el hábito del mismo P. Rico que le protegía con su cuerpo: cortaronle la cabeza, y clavada en una pica la expusieron al público. Merced a la intervención de los Bertran, se consiguió que la retiraran y permitieran depositarla con el cuerpo en la inmediata iglesia de Santo Domingo.

Hasta aquí, sin embargo, lamentable y doloroso como era el caso, no era nuevo, como hemos visto, en esta clase de revoluciones: lo nuevo y lo horroroso y lo que hace estremecer de espanto es lo que viene después. Y vino con la llegada de un eclesiástico de dignidad, canónigo de San Isidro de Madrid, llamado don Baltasar Calvo, jefe del bando jesuita, y perseguidor del denominado jansenista, que eran los dos partidos en que se dividían los prebendados de aquella insigne iglesia; pero aparte de toda parcialidad de escuela, él era uno de esos genios del mal que parecen abortados por el averno. Este hombre de perversos antecedentes que allí se apareció, intentó ingerirse en la junta haciéndose nombrar vocal, para desacreditar a sus individuos presentándolos como sospechosos al pueblo, suponiendo que muchos estaban en connivencia con Murat, a fin de preparar de este modo sus infucos planes. Viendo la popularidad de que gozaban Moreno y el P. Rico, fingió hacerse de su partido, y con diabólica hipocresía trató de persuadirles de que no se fiasen de la junta, porque había en ella muchos traidores. Pero su mismo lenguaje y conducta tan impropios de un eclesiástico suscitaron recelos en vez de ganar la amistad que buscaba. Viéndose desairado de los hombres que más valían, arrojóse en los brazos del feroz populacho para realizar, siempre bajo la apariencia de una falsa piedad, sus infernales designios. Habíase propuesto hacerse señor de la ciudad halagando a la plebe, siquiera fuese a costa de perfidia y de inundarla en torrentes de sangre.

La junta había hecho recoger en la ciudadela todos los franceses residentes en la población, que había muchos dedicados a la industria y al comercio, para preservarlos de todo daño, respetando sus propiedades y haberes. El canónigo Calvo se propuso captarse los ánimos del feroz populacho y apoderarse de la ciudadela, sacrificando aquellos infelices de la manera más inicua, alevosa y horrible que pudo concebir el genio de la maldad. Al efecto hizo cundir entre la furiosa plebe la voz de que los franceses intentaban fugarse para promover una reacción; hecho esto, presentóse él en las estancias de los detenidos, y con voz lastimosa y compungida les dijo: «que sus vidas estaban amenazadas por el furor del pueblo, y que él movido de piedad cristiana iba a indicarles el único medio de salvación que tenían, que era evadirse por el postigo que daba al campo, y embarcarse en el Grao, donde lo hallarían todo dispuesto para trasportarlos a Francia.» Creyeron aquellos desgraciados las palabras del falaz sacerdote, y se prepararon a la evasión. A su tiempo acudió a la puerta de la ciudadela la plebe prevenida por Calvo. Habíanse traslucido en la ciudad sus sanguinarios intentos; con deseo de impedirlos fué allí el general conde de la Conquista; pero tuvo la flaqueza

de retroceder espantado de la actitud aterradora de aquella gente: tampoco fueron escuchadas las exhortaciones del padre Rico; antes bien él se asustó de oír a las turbas repetir las expresiones del canónigo, que en la junta había muchos traidores, y era menester acabar con todos. Las madres, esposas, hijos y parientes de los presos que allí habían acudido también al rumor de la espantosa ejecución que se preparaba, en medio de las sombras de la noche hacían resonar los aires con ruegos, ayes y lamentos, que no hacían eco en los empedernidos corazones de aquellas hordas de sicarios.

Penetraron al fin los asesinos en la ciudadela, mal guardada por paisanos y algunos inválidos (5 de junio); pronto comprendieron los infelices prisioneros la suerte que los aguardaba. «Abrazados los padres con los hijos (dice un historiador de aquella ciudad), los criados con los amos, los viejos con los jóvenes, uno era el llanto, una la agonía, igual la desesperación, terrible el momento que pesaba sobre ellos; todos debían morir. Agrupados, confusos, sollozando, rezando.... fuéronles atando de dos en dos y espalda con espalda.... ¡tal vez un padre se veía atado a la espalda de su mismo hijo, y no podía dirigirle la última mirada!....» El canónigo Calvo había ido a casa del conde de Cervellon, a quien propuso que enviara al verdugo para que degollara a todos los franceses de la ciudadela: petición horrible, que estremeció al conde, y le movió a ir al lugar de la catástrofe por si podía evitarla; en tanto que alarmada ya la ciudad y abiertos los templos, acudían también los religiosos de Santo Domingo, y con el Santísimo Sacramento en la mano y atravesando por entre bayonetas y puñales, llegaban a la ciudadela, y entraban en una sala donde gemían ciento cuarenta y tres franceses maniatados. En vano aquellos buenos religiosos se esforzaban por hacer oír palabras de caridad y de mansedumbre pronunciadas con fuego y con valor; en vano invocaban misericordia con fervorosas oraciones. Llegó en esto el malvado Calvo, y acercándose a los suyos les dijo: «En tanto que los padres rezan, oid.» Hablóles al oído, y contestáronle con el grito unánime de: «¡Mueran todos, muera todos!»

Arrojáronse entonces los sicarios con ciega furia sobre sus víctimas, atropellando a los sacerdotes, y a la luz de sus mismas antorchas comenzaron la horrible carnicería cebándose en la sangre de aquellos inocentes, empapando en ella sus brazos y salpicando sus rostros. Gritaban los religiosos pidiendo siquiera confesión para aquellos infelices, y el canónigo Calvo, desencajado y lívido; estremece el pensarlo, y repugna y duele el escribirlo; contestaba: «¡No hay confesión, no hay confesión!» Aceleremos lo posible la narración de tan atroces escenas. De estancia en estancia fueron Calvo y sus bárbaros secuaces buscando y degollando los franceses que en ellas se encerraban. Hechas estas sangrientas ejecuciones, a las tres de la mañana subió el malvado canónigo al baluarte, cargó y colocó tres cañones; se consideró dueño de la fortaleza, y aun de la ciudad, se tituló representante del pueblo, mandó retirar a las comunidades, arengó a los suyos sobre el tema de los traidores que había en la junta, y comenzando a ejercer funciones de autoridad suprema, en la mañana del 6 pasó al capitán general un escrito en que le decía: «A nombre de Fernando VII nuestro augusto soberano y del pueblo de Valencia a quien represento, mando a V. E. que se presente en esta ciudadela, pues no haciéndolo de grado, tengo resuelto que venga por fuerza. — Baltasar Calvo.»Cuál sería el terror que infundía ya el nombre de Calvo pruébalo el haber tenido el capitán general, conde de la Conquista, la debilidad de acudir al llamamiento del canónigo, presentándose en la ciudadela acompañado del teniente general de marina don Domingo Nava. Recibiólos aquel en una habitación sombría, y desde luego intimó al capitán general que era preciso dejase el mando, que el pueblo tenía elegidos otros jefes que le mandaran, y que era necesario también formar una nueva junta compuesta de los sujetos que él nombraría. Y en efecto dió principio a extender los nombramientos en la forma siguiente: «A nombre de Fernando VII y mientras tanto que el cielo misericordioso se digna volver a este señor a ocupar el solio de sus mayores a que le destinó la Providencia, y de que le ha privado del modo más vil el llamado emperador de los

franceses; el pueblo de Valencia se ha servido nombrar a V. por uno de los vocales de la junta que debe gobernar interinamente este reino, esperando que V. ninguna excusa opondrá, pues está resuelto a no admitirla.»

Pero a esta inaudita audacia se añadieron nuevos horrores, que aun no han acabado los cometidos por aquel hombre infernal. Menos feroces que él los asesinos que acaudillaba, habían dejado con vida un grupo considerable de franceses, según unos de setenta, según otros de doble número. Fingió él acceder a que fuesen trasladados a las Torres de Cuarte, mas cuando de allí los sacaron, en vez de conducirlos camino de aquella prisión, se vió que los llevaban hacia la plaza de los Toros, a cuya inmediación ya el malvado ¡horroriza decirlo! había apostado una cuadrilla de bandidos. Los infelices franceses fueron forzados a empujones a entrar en la plaza de los Toros, y allí en medio del circo destinado a la lucha de las fieras, abrazados los desgraciados unos a otros ó puestos de rodillas delante de sus matadores, fueron bárbaramente acuchillados por aquellos tigres de forma humana que gozaban en empapar en sangre sus ennegrecidos brazos. Sangrientas matanzas que hacen recordar con horror las horribles escenas de las cárceles de París en los días del mayor furor revolucionario. Trescientos treinta franceses fueron así sacrificados en aquellos dos terribles días por instigación de un eclesiástico indigno de pertenecer a la humanidad, cuanto más a clase tan elevada y noble (1).

Ofreímos abreviar, y lo haremos. Aquella situación era insostenible: los asesinos se enseñoreaban de la ciudad, cometiendo con ferocidad inaudita todo género de crímenes, complaciéndose en inmolar víctimas en la sala misma de sesiones de la junta, manchando la sangre que salpicaba los vestidos de sus amedrentados individuos. La población estaba aterrada y atónita, y era menester poner un término a tan horrible anarquía. Merced a la habilidad de don Vicente Bertran y del padre Rico se consiguió sacar al furibundo Calvo de la ciudadela halagándole con darle un asiento en el seno de la junta, no obstante su empeño en formar por sí otra nueva. Una vez sacado del fuerte, separado de sus feroces hordas y sentado en la asamblea, hombres honrados de ella pudieron rodear el palacio de gentes de su confianza con orden de no dejar salir de él a nadie; y antes que pudieran aperebirse los satélites de Calvo, el P. Rico puesto en pie apostrofó enérgica y vigorosamente al canónigo echándole en cara todos sus crímenes. Alentáronse con esto y hablaron sucesivamente otros vocales: el grito de traidor resonó en todos los ángulos de aquel respetable recinto; no se discutió más, y la junta decretó el arresto de Calvo y su inmediata traslación al castillo de Palma de Mallorca, para donde se le embarcó aquella misma noche (7 de junio). Acto continuo se encargó la formación del correspondiente proceso al alcalde decano de la sala del crimen don José María Manescáu. A pesar del terror que en su desesperación procuraban infundir los sectarios de Calvo, la causa marchó con rapidez; volvióse a traer al reo a Valencia; hizo su defensa por escrito conforme a sus doctrinas; pero la hora de la expiación había sonado: el tribunal le condenó por unanimidad a la pena de garrote, que sufrió con firmeza a las doce de la noche dentro de la cárcel; a la mañana siguiente apareció expuesto su cadáver en medio de la plaza de Santo Domingo con un rótulo que decía: «Por traidor a la patria, y mandante de asesinatos.»

Con el suplicio de aquel monstruo fué recobrando la autoridad su fuerza, moderándose la anarquía, y volviendo algún respiro a la población atribulada. Para ir escarmentando los demás delincuentes se creó un tribunal de protección y seguridad pública presidido por don José Manescáu, que procedió con terrible severidad, y al cual se censuró de haber cometido en las actuaciones irregularidades que son siempre de lamentar en los encargados de hacer justicia y de cumplir la ley, pero sin las cuales tal vez no habría podido reprimirse la

(1) «Algunos, dice un escritor valenciano, fueron extraídos poco después de aquel inmenso montón de cadáveres y han vivido hasta nuestros días para recordar con sus tristes relaciones el funesto cuadro que no nos ha sido posible describir con sus más exactos coloridos.»

anarquía ni en Valencia ni en otros pueblos de aquel reino en que ya levantaba también su livida cabeza. La venganza jurídica correspondió a la magnitud de los crímenes. Cada mañana aparecían colgados de las horcas en las plazas públicas los agarrotados en la cárcel, y en el espacio de dos meses fueron ajusticiados más de doscientos foragidos. ¡Episodio terrible, de que ya deseará reposar el lector, y más todavía el historiador que ha tenido necesidad de dar mayor tormento a su espíritu con la lectura de pormenores que ahogan el alma, y de que ha querido aliviar su relación (2)!

Falta hacia a la junta de Valencia poderse dedicar con algún desahogo a la organización de su ejército y a proveer a sus medios de defensa, amenazadas como estaban la ciudad y provincia por las fuerzas del mariscal Monecy. Por fortuna con los recursos que improvisó, y con los que le suministró Cartagena, pudo disponer y organizar dos cuerpos de ejército, uno de quince mil hombres al mando del conde de Cervellon que se dirigió a Almansa, y al cual se agregó la gente armada de Murcia, y otro de ocho mil a las órdenes de don Pedro Adorno que se situó en las Cabrillas, y de cuyas operaciones nos tocará hablar después.

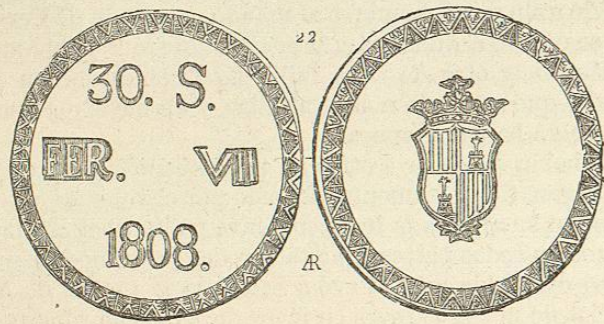
No había de ceder a otros en patriotismo el antiguo reino de Aragón, tan justamente afamado por el valor de sus hijos como por su amor a la independencia y a la libertad. La misma que en todas partes la agitación de los ánimos, cuando el correo del 24 de mayo llevó a Zaragoza la noticia de las renuncias de nuestros reyes en favor de Napoleón, alborotó el pueblo y se dirigió en tropel a la casa del capitán general Guillelmi, distinguiéndose entre sus caudillos el tío Jorge, hombre sin letras ni cultura, pero de juicio recto, de intención sana, de voluntad enérgica, de resolución firme, de valor a prueba, y tipo del aragonés rudo, noble y honrado. Obligó la muchedumbre al capitán general a hacer dimisión y le condujo como preso a la Aljafería. Dió el mando, aunque con poco gusto, por ser también italiano, a su segundo el general Mori, no habiéndole aceptado el antiguo ministro de la Guerra don Antonio Cornel. Incomodado luego el pueblo con la flojedad que le pareció advertir en Mori, fijó sus miradas en don José Palafox y Melci, noble aragonés, destinado a dar días de mucha gloria a su patria, que residía en la quinta de su familia llamada la torre de Alfranco, cerca de Zaragoza, y allá fué a buscarle una comisión de cincuenta paisanos. Palafox sabía bien lo que pasaba en Bayona, como quien había ido allí comisionado por el marqués de Castelar para informar al rey de lo ocurrido en el negocio de la libertad y entrega de Godoy. Así, luego que consiguieron llevarle a Zaragoza, pidió que se reuniera la audiencia, y la informó de las insinuaciones que allá se le habían hecho respecto a los franceses. El pueblo le aclamaba su capitán general, mostró él rehusarlo, pero al fin por cesión de Mori fué investido con aquel cargo superior, reconociéndole con gusto todos los aragoneses. Jóven, agraciado y esmerado en su porte el nuevo general, captóse pronto la afición y las simpatías generales. Carecía de experiencia y de práctica así en la milicia como en los negocios públicos, y las dotes de su entendimiento no eran conocidas, pero comenzó a manifestarlas en el tino con que sabía elegir y rodearse de personas útiles para que ó le dirigieran ó le ayudaran en la grande empresa (3).

Tino y cordura manifestó también en convocar las córtes del reino en sus cuatro brazos, para que legitimaran, así su elevación al mando superior de las armas como el levantamiento popular. Las córtes aprobaron lo hecho, y se separaron dejando una comisión de seis individuos para atender a la

(2) Hemos tomado las noticias de estos infaustos sucesos del opúsculo de Fr. Vicente Martínez Colomer, titulado: «Sucesos de Valencia desde el día 28 de junio de 1808.» publicado en 1810.—Del Manifiesto de la causa formada por Manescáu, por comisión de la Junta.—De la Memoria publicada por esta.—De la Historia moderna de la ciudad y reino de Valencia, de don Vicente Boix; y de varios documentos manuscritos y auténticos.

(3) Tales como su antiguo maestro el escolapio Pedro Rogiero, como el corregidor é intendente don Lorenzo Calvo de Rozas, y como el oficial de artillería don Ignacio Lopez, cada cual para su objeto.

comun defensa en union con el capitán general, que era la parte activa del gobierno, como que eran tambien sus funciones las mas necesarias, y la cuestion de fuerza, de armamento y de organizacion la que mas urgía. A ella se dedicó Palafox con toda actividad y ahinco, recogiendo armas, haciendo pertrechos, utilizando y montando la escasa y mediana artillería que habia, alistando gente, y reuniendo y regimentando la que de Madrid y de las provincias ocupadas por los franceses acudia en grupos á los pueblos que se levantaban; pues así paisanos como militares, y á veces compañías completas de estos, ya que otra cosa no podían, desertaban y corrían á las provincias mas inmediatas á incorporarse y engrosar las filas de los cuerpos patrióticos que se formaban (1). Palafox los fué



MALLORCA

FERNANDO VII

archiduque Carlos como nieto de Carlos III, siempre que el príncipe de Sicilia y el infante don Pedro y demás herederos no pudieran concurrir (2).»

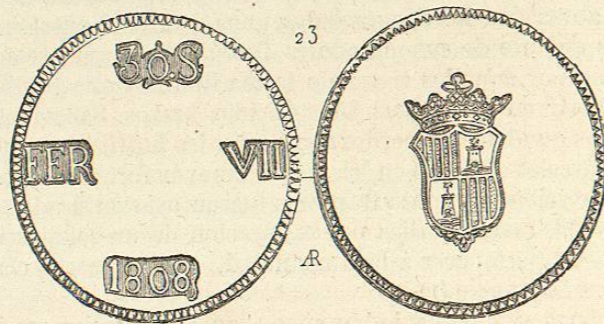
Ocupadas por los franceses, de la manera alevosa que hemos visto, las principales plazas de Cataluña, inclusa su capital, carecía el Principado de la libertad de acción en que se hallaban otras provincias para sacudir la opresión en que gemía, y faltaba sobre todo un centro de donde partiera el impulso y que pudiera darle unidad. Así Barcelona no pudo desahogar su odio á los extranjeros que la dominaban sino con tumultos y alborotos parciales que eran fácilmente reprimidos y ahogados. Pero las poblaciones que no habían sido invadidas negáronse ya á dar entrada á las fuerzas francesas, como hizo Lérida con las que intentó introducir el general Duhesme, cerrando sus habitantes las puertas y haciendo la guardia de sus muros. Así fué que poco mas adelante fué escogida aquella ciudad para asiento y congregación en junta de todos los corregimientos del Principado; porque en otras ciudades y villas se fué verificando el sacudimiento patriótico, no sin que en algunas hubiese parciales y lamentables desórdenes, como en Tortosa y Villafranca del Panadés, donde perecieron miserablemente los gobernadores.

Trasmitióse este espíritu de insurrección contra el extranjero, franqueando el Mediterráneo, á las islas Baleares, donde pudo desarrollarse mas libre y mas pacíficamente que en la Península. Mas libremente, porque sobre estar mas lejos y mas al abrigo de las fuerzas francesas, habia en ellas un cuerpo de diez mil hombres de tropas españolas regulares; y mas pacíficamente, porque el capitán general don Juan Miguel de Vives, si bien vaciló al principio y aun opuso una ligera resistencia á la primera demostración popular, retraído por las

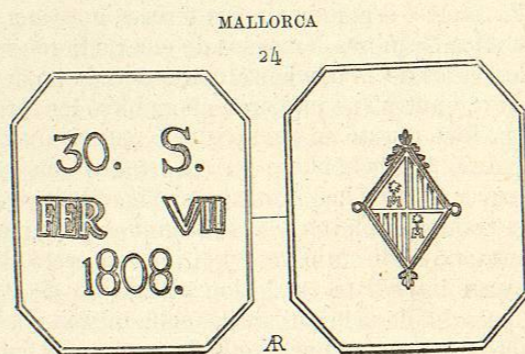
(1) Así, por ejemplo, desde Alcalá de Henares se marchó con 110 hombres, armas, banderas y pertrechos el comandante de zapadores don José Veguer, y atravesando la sierra de Cuenca llegó á Valencia y se ofreció con su gente á la Junta. De la Mancha desertaron los carabineros reales, y de Madrid mismo se fugaban oficiales, soldados y partidas enteras, como lo verificó una de dragones de Lusitania, y otra del regimiento de España.

(2) El discurso de Palafox en las cortes de Zaragoza reunidas el 9 de junio, los acuerdos que en ellas se hicieron, la elección de los seis individuos que habían de componer con el capitán general la Junta suprema, la ratificación del nombramiento de aquel, la lista de los diputados que asistieron en representación de cada brazo, etc., todo consta de un testimonio ó certificado que expidió don Lorenzo Calvo de Rozas como secretario de las mismas.

dividiendo en tercios, á usanza de los que en tiempos antiguos habían ganado tanta fama y reputación en Europa. Al modo que en Santiago, se formó también en Zaragoza un batallón de los estudiantes de la universidad, que se distinguía y brillaba entre todos. Distinguióse también el primer Manifiesto que se dió en Zaragoza por una idea particular que en él se emitía, y que revelaba el espíritu especial del país, y las reminiscencias de su antigua constitución y vida política. Después de expresar que el emperador y su familia, así como los generales franceses, eran responsables de la seguridad del rey y de la familia real española, decía: «Que en caso de un atentado contra vidas tan preciosas, para que la España no careciese de su monarca usaria la nación de su derecho electivo á favor del



órdenes que recibía de Madrid, concluyó por convocar el mismo una junta de autoridades, y puesto á su cabeza anunciar al pueblo el acuerdo de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII, como legítimo rey de España, lo cual evitó toda clase de excesos y desórdenes. A la junta de Mallorca se agregaron después diputados de Menorca y de Ibiza, y uno por la escuadra fondeada en Mahon, cuyo jefe habia sido de-



MALLORCA

FERNANDO VII

puesto y preso, sustituyéndole luego el marqués del Palacio. En las islas fué el entusiasmo tan general como en el continente, y en Palma se formó un cuerpo de voluntarios que pasó después á servir en Cataluña.

Al modo que en la resolución tomada en las Baleares influyó también la noticia y el ejemplo de la insurrección de Valencia, así en las Canarias, con estar á distancia tan larga de la Península, causó el mismo efecto la noticia de lo sucedido en Sevilla, y las órdenes de su Junta Suprema. No hubo tampoco allí desgracias que lamentar, si bien fueron de sentir las antiguas rivalidades y desavenencias que se renovaron sobre primacía entre la Gran Canaria y Tenerife, que produjeron la creación de dos juntas separadas, y que en una fuera de puesto del mando el marqués de Casa-Cagigal, reemplazándole el teniente de rey don Carlos O'Donnell, durando las discordias hasta que el gobierno central halló manera de cortarlas.

De este modo se verificó, trazado tan sumariamente como es posible, el levantamiento casi simultáneo de toda España contra los franceses; y si en algunas provincias, como en Navarra y las Vascongadas, se retardó algun tiempo, debido fué á estar ocupadas por el enemigo sus dos plazas principales, á su situación limitrofe de Francia, y á verse cercadas por to-

dos lados sin poder revolverse. Por lo demás el espíritu patrio era el mismo, sin ceder en él á ningunas otras, y bien lo demostraron luego que se vieron un tanto desembarazadas; y aun entonces mismo en medio de la opresión no dejaron de auxiliar á las provincias sublevadas por cuantos medios estuvieron á su alcance.

Mas oprimido, y si cabe, peor tratado todavía que España el reino de Portugal, cobró aliento y ánimo con el sacudimiento general de la nación su vecina, no ya solo por la tentación que da el ejemplo, grande siempre en los que sufren por la misma causa, sino tambien por la mayor facilidad que para hacerlo proporcionaba á los de aquel reino la salida de las tropas españolas que en él habia, como las que se hallaban en Oporto, que al mando del mariscal de campo don Domingo Belestá salieron camino de Galicia tan pronto como supieron la sublevación de aquellas provincias de España, haciendo y llevando prisioneros al general francés Quesnel y á los suyos. Temióse de sus resultados un rompimiento por parte de los españoles en Lisboa, y para evitarle los hizo Junot sorprender y desarmar, bien que no alcanzó á impedir que se viniese á España con el marqués de Malespina el regimiento de dragones de la Reina. Menos afortunados otros, sorprendidos y desarmados con engaño, en número de mil doscientos, fueron conducidos á bordo de los pontones que habia en el Tajo. Otros por el contrario, como los regimientos de Valencia y Murcia, después de sostener un choque con los franceses, lograron ganar sin estorbo la frontera española. A la sombra, y como consecuencia de sucesos, y de los que por acá pasaban, subleváronse sucesivamente las provincias de Tras-os-Montes y Entre-Duero-y-Miño, cundiendo la insurrección á Coimbra y otros pueblos de la de Beira, y estallando luego en los Algarbes y en todo el mediodía de Portugal. Enabláronse pronto tratos entre este reino y el de la Gran Bretaña, y se establecieron relaciones con varias provincias españolas. La situación de Junot en Portugal quedaba siendo semejante á la de Murat en España, como habían sido acaso iguales sus aspiraciones.

Jamás pueblo alguno, nunca una nación se levantó tan unánime, tan simultánea, tan enérgicamente como la España de 1808. No fué el resultado de anteriores acuerdos con potencia alguna extraña que ofreciera erigirse en protectora; no lo fué de premeditadas combinaciones y planes de las provincias españolas entre sí; su preparación habria debilitado la espontaneidad y entibiado el ardimiento: la inteligencia con la Gran Bretaña vino después y como consecuencia de sucesos que cogieron á aquella nación de sorpresa: los conciertos entre las provincias fueron tambien posteriores: uno y otro inspirado por la conveniencia mutua y por la necesidad de buscar apoyo y sosten á una situación peligrosa. Por lo demás la insurrección no fué sino el arranque vigoroso de un pueblo lastimado en su sentimiento mas noble, el de su dignidad y su independencia; fué el resentimiento de su amor propio ofendido, de su buena fe burlada; fué la indignación concitada por la perfidia empleada para arrancarle sus objetos mas queridos; fué el estallido de la ira acumulada por tantos engaños y alevosías.

Al sacudimiento concurrieron y cooperaron como instintivamente, y sin distinción ni diferencia, todas las jerarquías, todas las clases, todas las profesiones de la sociedad. No puede decirse que una prevaleciera sobre otra en decision, ni que una aventajara á otra en entusiasmo. Clero, nobleza, pueblo, obispos, religiosos, magnates, generales, soldados, comerciantes, labradores, artesanos, jornaleros, todos en admirable consorcio se mezclaban y confundían, rivalizando en patriotismo, llevados de un mismo sentimiento, caminando á un fin, sin acordarse en aquellos primeros momentos de las distinciones sociales que en el estado normal de los pueblos separan al noble del plebeyo, al sabio del rústico, al rico del pobre, al magistrado del menestral, al que se consagra al sacerdocio del que se ejercita en las armas. Circunstancias casuales, no una preconcebida organización, hacían que en la formación de las juntas predominara en cada localidad una ú otra clase, segun que individuos de unas ú otras se distinguían por su arrojo y ardor patriótico, ó segun que por sus antecedentes y

por sus prendas gozaban mas popularidad, y eran aclamados y elegidos. En este agregado incoherente de hombres de todas las jerarquías sociales, nombrados en momentos de turbación y desasosiego, en que la necesidad, la pasión y la premura no dejaban lugar á la reflexión, ¿se extrañará que no todos reuniesen ni las luces, ni la prudencia, ni el criterio para obrar como gobernantes con la discreción y el tino que hubiera sido de desear, y que exigían circunstancias tan difíciles y espinosas? ¿Se extrañará que faltó de combinación el movimiento, fuera este en su principio como dislocado y anárquico, no habiendo un centro de acción, creándose en cada comarca y en cada ciudad, casi en cada villa y en cada aldea, una junta independiente y con pretensiones de soberana? Y sin embargo, ya se advertían en algunos países y poblaciones síntomas de tendencia hácia la unidad, que con el tiempo habia de buscarse, y tenia que venir. Y aun aquella misma multiplicidad y desparramamiento de juntas y de autoridades, que parecia un mal y un desconcierto, fué muy conveniente para que no pudiera ser paralizado aquel primer impulso, porque los interesados en detenerle ó en torcer su marcha, carecían de un blanco donde dirigir ó los recursos de la persuasión ó el empleo de la fuerza material. Uno y otro medio se debilitaban en su acción, otro tanto cuanto era extenso y dilatado el círculo, y estaban mas desmembrados, dispersos y sin cohesión los objetos á que intentaban dirigirla.

¿Se extrañará tambien, como no se desconoce la condición de la humana naturaleza, que en tan general trastorno en medio del fervor popular, irritadas y sueltas las masas, roto el freno de toda subordinación y obediencia, desencadenadas las pasiones y desbordadas las turbas, se cometieran en uno ú otro punto desmanes, tropelías, y hasta asesinatos horribles, y repugnantes crueldades? Por desgracia no conocemos un sacudimiento social de este género sin demasías que deplorar y sin tragedias que sentir, y bien cerca están las innumerables escenas de sangre y de horror de la revolución francesa, en cuyo cotejo los excesos de la insurrección de España son como los granos de arena al lado de una cadena de empujados riesgos. Aquí, aparte de las abominables ejecuciones de Valencia dirigidas por un genio infernal, pero que al fin fueron castigadas con una prontitud y un rigor desusados en circunstancias tales, los demás fueron crímenes aislados, deplorables siempre, siempre punibles, y por cuya expiación y escarmiento no dejaremos nunca de clamar, pero que no constituían sistema, ni bastaron á desnaturalizar el carácter de grandeza de aquella revolución. En provincias enteras se hizo el movimiento sin tener que lamentar un solo exceso, y en muchas se procedió con laudable generosidad: el espíritu general que movió y guió el alzamiento era altamente patriótico; así el torrente se hacia irresistible; ¿quién se atrevía á intentar contenerle?

Doloroso es decirlo. Solo la Junta suprema de gobierno de Madrid (1), creyendo sin duda de buena fe que la insurrección de las provincias, aunque fuese un noble esfuerzo del heroísmo español, traeria la ruina de la patria, por ser imposible vencer el poder inmenso de Napoleon; cada dia mas ciega y mas empeñada en su mal camino, cada dia mas supeditada á su presidente el lugarteniente general del reino Murat, no contenta con enviar por las provincias emisarios franceses y españoles con el encargo de alucinar con ofreci-

(1) Componían entonces la junta las personas siguientes: don Sebastian Piñuela, ministro de Gracia y Justicia; don Gonzalo O'Farril, de la Guerra; el marqués Caballero, consejero de Estado, gobernador del Consejo de Hacienda; el marqués de las Amarillas, decano del de la Guerra; don Pedro Mendinueta, consejero de Estado, y teniente general; don Arias Antonio Mon y Velarde, decano y gobernador interino del Consejo de Castilla; el duque de Granada, presidente del de las Ordenes; don Gonzalo José de Vilches, ministro del Consejo y Cámara de Castilla; don José Navarro y Vidal y don Francisco Javier Duran, ministro del mismo; don Nicolás de Sierra, fiscal de dicho Consejo; don García Xara, ministro del de Indias; don Manuel Vicente Torres Cónsul, fiscal del de Hacienda; don Ignacio de Alava, teniente general y ministro del de Marina; don Joaquín María Sotelo, fiscal del de la Guerra; don Pablo Arribas, fiscal de la sala de Alcaldes de Casa y Corte; y don Pedro de Mora y Lomas, corregidor de Madrid.